

EL CASERIO VASCO

Por JUAN MARIA FELIU

Ikhusten duzu goizean,
argia hasten denean,
menditho baten gainean
etche thikitho, aintzin xuri bat
lau haitz andiren artean
tchakur xuri bat athean
athurriño bat aldean?
Han bizi naiz ni, bakean.

¿Ves, al nacer la aurora
en lo alto de una colina,
una casita blanquísima
en medio de cuatro robles,
un perro blanco a la puerta
y al lado una pequeña fuente?
Allí vivo yo en paz.

Así cantó el poeta de Sara, en Laburdi, Juan Bautista Elissamburu, en el siglo pasado, al Caserío vasco.

Al elegir el tema de la casa solar vasca en esta ocasión podría ocuparme de la descripción arquitectónica del Caserío; podría resaltar su función en el escenario de nuestra naturaleza. Esa sería la visión externa, paisajista de la vivienda del baserritar. Lo que a propios y extraños emociona, muchas veces sin saber por qué, lo mismo al recorrer la zona Norte, cantábrica y pirenaica, de viviendas rurales diseminadas, como la vertiente Sur mediterránea de Alava y Navarra, de casas agrupadas en lugares, aldeas y pueblos diminutos, de legua en legua, a través de las suaves ondulaciones de la Llanada y de la Ribera.

No concebimos nuestros campos verdes, los de los valles que miran al golfo de Vizcaya, sin las pinceladas blancas del Caserío, ni imaginamos las tierras tostadas, planas, de la cuenca del Ebro sin el acinamiento irregular de una docena de casas campesinas alrededor de un espacio disforme que sirve de plaza y de era, ante la sobriedad de una iglesia románica.

Ese aspecto físico y estético de nuestro baserri ya lo han versificado nuestros líricos del euskera como Elissamburu en su NERE ETXEA, y Orixe en el poema EUSKALDUNA, y del castellano como Antón, el de los Cantares, y el poeta Adolfo de Larrañaga, ya lo han pintado Kaperotxipi, Veyrin, Urcelai, Regoyos, Arrúe y tantos otros artistas vascos, en óleos y acuarelas.

Pero la emoción y el afecto que inconscientemente despierta la casa de nuestra familia agrícola tiene raíces más hondas y explicación muy distinta a la puramente escénica y ornamental de la geografía, a la del cliché del turista. El caserío es mucho más bonito. Encierra valores substanciales del pueblo vasco, que son los que le hacen pasar de una granja humilde y sencilla a rango de institución fundamental del Pueblo Vasco, razón de ser de la raza y motivo único de su supervivencia a través de los siglos. Por eso le llamamos raíz de la nacionalidad. El penetrar en ella, que es como descubrir sus entrañas, constituye el propósito de este artículo.

Si nos preguntamos cuándo nació el Caserío vasco, tal como ha llegado a nuestros días, nos tropezamos con una incógnita tan enigmática como la del euskera. Los historiadores se reducen a decirnos que la edad del hogar del nekazari, como institución social, es remota. Presumimos que se inicia al pasar los núcleos de población vasca del régimen tribal de cazadores y pastores al régimen de explotación agrícola, probablemente en la Baja Edad Media, por allá en el siglo décimo. Nuestras tribus de austrigones en las Encartaciones, caristios en Vizcaya, várdulos en Guipúzcoa, berones en Alava y vascones en Navarra vivirían, como cualquier raza primitiva, un sistema individualista, nómada, de familias patriarcales, sin más reconocimiento que el derecho de conquista de los bienes espontáneos de la Naturaleza.

Pero la agricultura exigía mayor asentamiento y estabilidad. No sólo requería el respeto al dominio de la caza, la pesca y el ganado trashumante. Imponía la propiedad de un terreno y la exclusividad de su producto, desde la siembra hasta la cosecha. Demandaba el afincamiento del agricultor en los campos trabajados. Es entonces cuando nació la vivienda permanente de una familia. Y con ella todo un sistema jurídico de propiedad, establecido por la simple práctica, por la costumbre, por el entendimiento ante las distintas familias. Es el instante cumbre, en el cual se revela el geino de la raza, porque es en esa etapa de fundación de los primeros caseríos cuando los antiguos pobladores sacrifican el individualismo de la tribu y el mando del patriarca y eligen la familia troncal como célula principal de toda la vida social, económica, política y jurídica de la antigua Euskalerría. La familia se independiza de la tribu errante y da forma al Pueblo Vasco. No proclama el «pater familia» del derecho humano, dueño absoluto vidas y haciendas. El Pueblo Vasco pudo, como tantos otros, expandirse, invadir territorios, dominar. Aquellos vascos no lucharon entre ellos para conquistar y adueñarse de tierras e instituir un derecho feudatario que hiciera al hombre un semoviente más del suelo y, por lo tanto, propiedad del señor feudal. Si ésa hubiese sido su conducta, la raza vasca habría seguido el mismo curso de otras nacionalidades, hubiese repetido la monótona sucesión de la historia: esclavitud, servidumbre, feudalismo, absolutismo, clases sociales y económicas, es decir, explotación humana. Por el contrario, el Caserío nace del respeto al vecino, de afán por perpetuar la etnia, del anhelo de eternidad. Hicieron al individuo libre en la familia libre. Sin esa visión de los fundadores del Caserío hace unos diez siglos, el Pueblo Vasco habría desaparecido, sería un recuerdo de la arqueología.

El hombre vasco salió de la cueva neolítica para crear los establecimientos pastoriles, compuestos por chozas o bordas, edificadas con varas de avellano y sauce y cubiertas con heno y céspedes como todavía pueden verse en las txabolas de los carboneros del Aralar, Urbasa y Andía. De esas construcciones aborígenes pasan a las «etxeas» de madera. De la confederación de las casas se integran los nexos de vecindad, «auzotasun» en Vizcaya y Guipúzcoa, «barride» en Baztán y «mentalde» en Salazar. Al mismo tiempo, de la coordinación de los caseríos nace la Anteiglesia, el Municipio, el Concejo del Valle, y por sucesión federativa libre las asambleas generales de las regiones vascas.



ILARREGUI (Valle de Ulzana - Navarra)

Engracio de Aranzadi explica tajante nuestra presencia actual con estas palabras: «Poseímos la tierra, la poblamos, la distribuimos por familias originarias, la conservamos. ¡Por eso existimos!»

El Caserío como institución estructural vasca es, en primer lugar, trozo delimitado de tierra, de esos 20.000 kilómetros cuadrados de la superficie de Euskalerría contemporánea. De tierra arenisca o caliza esencialmente.

No es aventurado presumir que la población vasca en la época del asentamiento agrícola era inferior a la décima parte de la población actual, es decir, unos 150.000 habitantes. Aquellos vascos, repetimos, pudieron extender la explotación a áreas superiores a las necesidades de la familia, o fundar, a imitación de otros pueblos, un régimen agrario de esclavitud o servidumbre. Obraron de muy distinta manera: se distribuyeron el suelo cultivable del País en fincas de ocho a diez hectáreas en la vertiente cantábrica y algo mayores en las zonas medias de Navarra y Alava.

Por virtud de esa, llamémosle en términos modernos, colonización, el País está parcelado en 54.000 propiedades que alfombran nuestra topografía de declives suaves y escarpados, valles cerrados y oscuros y vegas por donde desembocan los mayores ríos de nuestra hidrografía.

De ese pedazo de tierra, no pequeño ni grande, se sustenta la familia del «cashero». En las regiones húmedas y boscosas se compone de la «baratza» o huerta contigua a la casa, destinada a la siembra de hortalizas y frutas, sobre todo manzanas. A corta distancia circundan al Caserío las heredades o piezas roturadas, «soro»: la «garargasoro» o heredad de cebada; la «babasoro», de habas; la «otasoro», de árgoma; la «artasoro», de maíz, con ssu «artametak» o montones de «indi artea», el mijo de las Indias, el maíz traído por Barkaiztegui de América; y, dando el verde intenso a nuestro panorama, el «belarsoro» o pastizal.

El monte que delimita la propiedad en muchos casos, está poblado con las especies indígenas de «pagoak», hayas; «inyzak», nogales, éstos a lo largo de las quebradas; «gazañak», castaños; «areitzak», robles, y «urreak», avellanos.

Cuatro o cinco vacas lecheras, suizas, holandesas o pirenaicas, dos o tres terneras, uno o dos tereneros para engorde y venta, una pareja de bueyes cuando no se emplea la yunta de vacas que tiran del carro, del arado o de las rastras; dos docenas de gallinas, algún cerdo de engorde, conejos, el «erletegia» o colmenar, y si el Caserío es alto como los de las laderas del Gorbea, del Aizkorri y del Pirineo, rebaños no muy grandes de ovejas, constituyen la cuadra y el haber semoviente del patrimonio del aldeano vasco.

El ganado es tan importante en esta unidad agrícola, que el 80% de los terrenos de cultivo se dedican a la producción de forrajes y granos para la alimentación de los animales, y un 20% a la alimentación humana. Es el ganado como de la familia. En los valles pirenaicos de ambas vertientes del Auñamendi, se le da el parte de fallecimiento del «etxejojaun» o Señor de la Casa, y a las abejas se les pide que hagan cera para el alma del que fue su amo en vida:

Erletxuak, erletxuak
egizute argizaria.
Nagusia el da, ta
bear da elizan argia.

Abejitas, abejitas
haced cera.
El señor de la casa ha muerto
y necesita luz en la iglesia.

He aquí la tierra del Caserío vasco y sus frutos. El bosque, propio o comunal, da la madera, la leña, el carbón y el helecho, éste la cama del ganado vacuno, que será el abono orgánico de las heredades. Con las frutas, las hortalizas y los animales está asegurada la subsistencia básica de la familia vasca agricultora, directamente o a través del mercado de las capitales y villas.

Si la propiedad es algo mayor que el promedio de sus vecinas o su productividad es más alta, al Caserío se le llamará «fuerte», y a sus habitantes se les dirá que vienen, que proceden de Caserío rico, que son ricos. En Ataun se les distinguirá por «ikurre badauke», o sea, de Izkurre, bellota que tienen bellotas; y en otras zonas de Guipúzcoa y Vizcaya «aberatasume» de «aberats» ganado, lo que equivale a abundantes, ricos en ganado.

Presidiendo ese trozo de tierra vasca, se levanta la vivienda, la casa o «etxea» propiamente dicha, porque bajo el término Caserío se agrupa la edificación y todos sus pertenecidos de tierras, ganados, aperos de labranza y se extiende hasta la tumba —cada casa una tumba— «etxeko il-arria» (la piedra mortal, funeraria de la casa), que todavía subsiste bajo las naves de nuestras iglesias aldeanas, sobre cuyas losas mortuorias no hace muchos años las «amonas» colocaban el matno negro y encendían el «argizaiola» o madero de luz enroscado con cintas de esperma.

La casa campesina de Euskalerría es una función de la tierra y del clima. Generalmente mira al Mediodía, al Este o Sudeste en defensa de los vientos nortes y se asienta en las laderas de las colinas menos húmedas. Primitivamente, su armazón era de entramados de madera por ser ese material que daba el bosque. Más tarde, a medida que los caseríos originarios desaparecieron por vejez de siglos, por incendios o destrucción de las guerras extrañas, se empleó la piedra arenisca amarillenta o caliza grisácea que produce la cantera próxima, y la mampostería.

Su arquitectura atrae y gusta por su robustez y simpleza. Un rectángulo macizo de piedras irregularmente labradas que resaltan con sus juntas blanqueadas con cal, los grandes tejados a dos aguas, la viguería externa de roble, los aleros como anchas «txapelas» protectoras de las lluvias, el portallón amplio engalanado como una parra y sombreado por el nogal de la bienvenida. Su línea de arte rural, sencilla, austera e ingenua, sin pretensiones ni grandes adornos, no choca con el paisaje. Más bien lo complementa entre las brumas, la garua, los sirimiris y la luz tenue que baña las laderas de las faldas norteñas.

Nuestros caseríos son retoques bancos desparramados, aquí y allá, abajo y arriba. Por blancos que sean, la vista no queda, como en otras latitudes, herida. Reposa en una armonía de colores apacibles, serenos, concentrados como el espíritu del baserritarra.

Si en la elementalidad, si en la desnudez de formas, si en el naturalismo también hay belleza, el Caserío encierra el encanto que corresponde a la estética del paisaje vasco, montañoso y vegetal, y al alma del labrador

vasco, callado y precavido, tal como en la «Prudencia en la mujer» lo definió Tirso de Molina.

Entremos en nuestro recuerdo, por un instante y a esta distancia, al Caserío, a través del arco de sillería señera o de la portalada de vigas de roble desniveladas por el peso de los años, por debajo de la rama de espino que protege contra el rayo. Si es el Caserío Gorritia de Ainhoa de Laburdi, sobre el dintel leeremos, tallada en la viga con letras de la grafía vasca, hace poco más de tres siglos, esta leyenda:

Cette Maisen appellée Gorritia
a éte rachettée par M.^a Gorriti,
mére du feu Jean Dolahagaray
des somes par lui envoyées
des Indes, laquelle Maison
no se pourra vendre ny
engaiger: Fait en l'an 1626.

Esta Casa, llamada Gorritia,
ha sido rescatada por M.^a Gorriti
madre del difunto Juan Dolahagaray
con sumas enviadas por él
desde las Indias; esta Casa
no se podrá vender ni hipotecar.
Construida en el año 1626.

Apenas pisamos el zaguán de entrada, el «eskaratza», nos invadirá el ambiente de la vida rural de Euskalerría. En él se guardan los útiles de labranza más manuales: la laya, la nabarra, el «atxurre», el «arrea» o arado, la «itaia» u hoz, la «segea» o guadaña y la «goldea». A esta íntima y acogedora antesala, con su banco de piedra, rodean todas las dependencias de la casona en donde se hace la vida o que están relacionadas con las faenas agrícolas. La cocina, «sukalde», literalmente «junto al fuego», la cuadra o «korta» por donde asoman las cabezas la «beltza» y la «gorri» acompañando a la familia, el lagar con sus cubas de sidra y sus barriles de txakoli, y el cuarto de los aperos de labranza de cuyas vigas cuelgan los rastrillos de mano, «ezkuerea», y de varios dientes, «laurorza» y «zazpiorza»; y al fondo la escalera.

Pero como somos invitados, pronto nos pasarán a la cocina, donde nos obsequiarán con «talo» bien tostado sobre brasas, y «borotxona» bien cocida al horno para acompañarla a la «txintorta», manteca derretida, todo ello colocado sobre la mesa de amasar el maíz, «oremaie». El hogar, «supazter», en chimenea contra la pared o en el centro cubriendo prácticamente toda la cocina, como en algunos viejos caseríos de Vizcaya y en los de la montaña navarra, muestra el limpio adorno de su repisa con algún San Miguel o San Antonio, los candelabros, la cafetera, los platos de loza gruesa, y si es tierra de Cinco Villas, de Etxalar o de Vera de Bidasoa, tierra de contrabandistas, no faltarán sobre el frente de la chimenea las escopetas en espera del paso de las palomas.

Pero el caserío tal vez sea viejo, del siglo xvii o xviii, y entonces lucirá alrededor del fogón la producción de nuestras antiguas herrerías: el farol, la sartén, «zartaia», y el damboliñak» para asar castañas, la pala de hierro, «talaburnia», el batidor de hierro, «talamantenua», el raspador, «malerea», las escobillas, «matarrasa», y el asador, «burruntzi».

De las vigas encaladas, con su negra patena de humo, pende el tocino, «urdaia», las morcillas, «ordolkaik», y los chorizos, «lukainkak», los restos de la última matanza.

Arriba está la sala espaciosa con pisos de anchas tablas de castaño, paredes blancas que hacen resaltar la oscura madera del armario, de la mesa rústica y del arca o «kutxa» tallada con soles y «lauburus», de donde Pío Baroja sacó la historia de Eugenio de Abiraneta. Sobre las paredes, el cuadro del hijo que profesó en el santuario de Arantzazu, o de aquel que por no servir al Ejército de España o de Francia un día embarcó en Santurce o en Burdeos para el Oeste americano o la Pampa argentina. Si es en Markina, sobre la «Kutxa» estarán las cestas del pelotari de la cancha de La Habana.

A la sala da luz el amplio balcón corrido o la cerrada solana del Roncal y las Aezcoas en donde las ristras de mazorkas reciben el sol tibio de la montaña. Pero si es en el Sur, los pimientos rojos y los ajos se secan al fuerte solazo de Samaniego, Mendabia o Muzkaria (Tudela). El resto son habitaciones. Una mejor arreglada que las otras es la reservada para el hijo que regrese del extranjero.

Yo os animo, amigos lectores, y que lleváis un apellido euskérico, a descubrir el origen de vuestra ascendencia. A todos os unen lazos con el Caserío vasco, que os legó un nombre y forjó vuestro individualismo y vuestra personalidad. La satisfacción que recibiréis será inmensa. La vieja casa ancestral os acogerá como lo dice el lema del Caserío Ibarrola, en Benabarra:

Heltzen denean, beartsurik	A los amigos, antes que a nadie.
Adiskidentzat lekerik	A los necesitados, cuando lleguen
Etsaier, nor gabe denik?	A los enemigos, pues, ¿quién no los tiene?
Dener nago zabaldurik.	A todos, estoy abierto de par en par.

